

en pié, les restituya la sanidad y las fuerzas; entonces los veréis igualmente atrevidos, furiosos, obstinados, disolutos, libertinos é igualmente impíos, y acaso mas aun de lo que al principio lo fueron. ¡Ah! importa mucho no abandonarse á una pasión, pues es tan difícil abandonarlos después.

Segundo. *Prescribe límites á su furor para que se cumplan sus promesas.* “Respondió Jesús: os he dicho que yo soy, pues si me buscáis á mí, dejad que estos se vayan...” Con estas palabras se abandonaba Jesús á su discreción; pero abandonándose á sí mismo les prohibía hacer insulto alguno á sus discípulos. En este punto fué Jesús obedecido y de este modo cumplía la promesa que había hecho á sus apóstoles: por lo que hace á mí, esta prohibición á los soldados, “para que se cumpliera la palabra que había dicho: de los que me has entregado á mí, ninguno me perdido.” ¡Ah! ¡qué ternura en el Señor á quien nosotros servimos! En el acto mismo en que por nosotros se entrega en las manos de sus enemigos, piensa en protegernos y en conservarnos. ¡Qué grandeza, qué poder! Por mas que sean al sumo furiosos los enemigos de su nombre, sabe encadenar su furor y nada pueden contra nosotros sin su permiso. ¡Oh y cuán fiel es en sus promesas! ¡oh y cuán dulce cosa es poner en él toda nuestra confianza! Cuando parece que se olvida de sí mismo, no se olvida de nosotros; nos defendiendo, nos guía, nos sostiene y nos librará un día para siempre de los enemigos de nuestra salud; basta que nosotros le seamos siempre fieles.

Tercero. *Solo á su ceguera no fueron prescritos límites, y en esto se verifican las amenazas que Jesús les ha hecho.* “No es por cierto una cosa incomprensible que estos hombres tendidos como muertos por tierra, de un golpe se levanten tranquilamente y persistan en su primer empeño, sin hacer reflexión alguna sobre un suceso tan extraordinario y tan imprevisto? Creerán ellos todavía poder hacer violencia al que con sola una palabra los ha echado todos á tierra? ¿Lo creerán sujetado con sus esfuerzos, vencido con sus armas, impotente entre sus manos y esclavo de sus cadenas? He aquí cumplidas las palabras de Jesús: *“Moriréis en vuestro pecado...”* Dios no nos ha prometido prodigios de gracia para sacarnos fuera de una ceguera en que libremente nos hemos obstinado. Es necio el pecador que hace cuenta sobre las gracias que recibirá mientras resiste á la fuerza de las gracias que recibe. Blasfema el miserable impunito á Dios y á la falta de sus socorros su impunita final, que debe imputar únicamente á su obstinación en resistir á los socorros que Dios le ha presentado. Jesús es igualmente

1 San Juan, cap. XVII, v. 18. Meditación CXXCIX.
2 San Juan, cap. VIII, v. 21. Meditación CXXXIX.

verdadero en sus amenazas que lo es en sus promesas, terrible en las unas, amable en las otras: las unas y las otras nos las hace para llevarnos á sí y ganar nuestro amor.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios poderoso! yo os temeré; ¡oh Dios caritativo! yo os amaré. Veime aquí aquí á vuestros piés, ¡oh Jesús! y aquí me estaré continuamente para implorar vuestra misericordia; de ellos no me levantará la presunción ni la obstinación, sino la confianza. Nada puede todo el furor de los hombres y de los demonios contra los que vuestro Padre os ha dado: *Dejad que estos se vayan, les decía vos, y esta palabra basta para poneros en seguridad.* Seáis bendito, ¡oh Dios mío! por la poderosa protección que nos concedéis. No la retireis jamás, particularmente de mí. No permitas que yo abuse de ella ó que la resista. Amen.

MEDITACION CCCIX.

ARDOR DE SAN PEDRO POR LA DEFENSA DE SU MAESTRO.

San Mat., c. XXVI, v. 50, 54.—
San Lúca, c. XXII, v. 49, 51.—
San Márc, c. XIV, v. 46, 47.—
San Juan, c. XVIII, v. 10, 11.

Primero, cuatro circunstancias de la acción de san Pedro; segundo, cuatro palabras que Jesús endereza á san Pedro.

PUNTO I.

CUATRO CIRCUNSTANCIAS DE LA ACCION DE SAN PEDRO.

Primero. *Los apóstoles consultan al Salvador.* “Entonces se acercaron...” Habiendo respondido Jesús á sus enemigos por la segunda vez que él era el que buscaban, se acercaron y se pusieron en disposición de arrestarlo.... Lo que se lee en san Mateo y en san Márcos, “que pusieron encima á Jesús las manos y lo tuvieron estrechamente...” se dijo por anticipación y se refiere á lo que dicen mas abajo san Lúca y san Juan: “Y los que estaban al rededor de Jesús (los apóstoles), viendo lo que iba á suceder, le dijeron: Señor, horimos con la espada?...” No podemos dejar de admirar aquí el amor y afecto de los apóstoles para con su Maestro, su atención á cuanto ven hacer á sus enemigos, su valor que los mantiene junto á él, su confianza

en su poder, que no les dejaba duda alguna de que solo con dos espadas podrían defenderlo contra aquella multitud de personas armadas, y finalmente, su docilidad, que los mueve á consultarle y esperar que diga sola una palabra para comenzar ellos mismos el combate. Es verdad que se engañaban, porque no habían comprendido las palabras que Jesús les había dicho; pero este era un engaño bien excusable del que el Salvador mismo no había querido sacarlos y que sirve aquí para nuestra instrucción. Evitemos, pues, su error é imitemos sus virtudes.

Segundo. *Pedro hiera á Malco.* “Y he aquí que uno de los que estaban con Jesús... Simon Pedro, que tenía la espada, la desenvainó é hirió un criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco...” Este Malco, criado del gran sacerdote Caifás, queriendo sin duda hacerse una gloria y un mérito para con su señor, se adelantó a poner el primero la mano sobre Jesucristo; pero Simon Pedro, que tenía una de las dos espadas, la tiró fuera de la vaina, y sin esperar la respuesta del Salvador, le dio un golpe al temerario con que le cortó la oreja derecha. Aquí se nos representa la cabeza de los apóstoles, el mas aficionado á su Maestro, el mas ardiente en defenderlo y el primero á exponerse por él.

Tercero. *Jesús contiene este principio de tumulto.* “Pero Jesús tomando la palabra, dijo: basta eso...” Deteneos, no paseis mas adelante. ¿Había aquí Jesús á sus discípulos ó á los soldados? A sus discípulos sin duda, y con todo eso, los soldados no se muestran menos dóciles que los mismos discípulos. Este primer golpe debiera naturalmente ser vengado con mil golpes, y muy presto el estrago hubiera sido horrible; pero una sola palabra lo suspende todo, y de la una parte y de la otra ya no se da ningún paso. ¿Quién es el que habla así y se hace así obedecer? Esta era la pregunta que se hacía cuando Jesucristo calmaba los vientos y el mar; pero aquí el prodigio es aun mas sorprendente. Jesucristo había permitido este principio de combate por miras dignas de su sabiduría. Por una parte había querido dar á sus discípulos la ocasión de mostrarle su fidelidad y su amor, y por otra, tener ocasión él mismo de manifestar su poder y su dulzura é instruir á su Iglesia, hablando al que ya estaba destinado por cabeza... Jesús ejecuta todo esto con una autoridad que tiene á todos sus enemigos en respeto y los obliga á ser testigos pacíficos de cuanto se dispone á hacer y á decir. Obra milagros en su presencia con otra tanta dignidad, como en las llanuras de la Galilea instruye á sus discípulos con otra tanta tranquilidad como en el cenáculo; les habla con tanta libertad con cuanta lo hacía en el templo, cuando parecía que fuese sostenido de todo el favor del pueblo. Quizás Jesús no comparó jamás mas grande que en el huerto de las

Olivas, que en aquel lugar en que ha querido ser atado y encadenado por nosotros.... Señor, todo os obedece. ¿Yo solamente os seré rebelde? Cuando en los primeros movimientos de cólera, de odio, de venganza ó de cualquiera otra pasión que sea, me decís vos en el fondo del corazón estas divinas palabras: “*Basta eso...*” ¿seré yo tan grosero que desprecie vuestra voz y que quebrante vuestro precepto?

Cuarto. *Jesús sana á Malco.* “Y tocada su oreja, lo sanó...” El que se había adelantado para poner las manos sobre Jesús, sufre que Jesús ponga sobre él las suyas. Quería poner las manos sobre Jesús para arrestarlo como un malhechor, y Jesús pone las manos sobre él como su bienhechor y como Salvador para sanarlo. ¿Qué bondad! ¡qué dulzura! ¡qué caridad! ¡Malco que recibió este beneficio y sus cómplices que fueron de él testigos, se conmovieron ó se convirtieron? Se hubieran antes convertido unos bárbaros que estos impíos... Este prodigio nada tuvo para ellos de nuevo, nada de sorprendente. No ignoraban que Jesús hacía habitualmente milagros; pero había ya mucho tiempo que se habían obstinado contra esta prueba de su divinidad.... Todo lo que pudieron concluir de esto en su ceguera, fué que según el aviso del traidor Judas, era necesario usar con Jesucristo mayor precaución que con cualquier otra persona. Puede darse ceguera y extravagancia mayor? Habría dificultad en creerlo si los impíos de todos los siglos no nos hubieran dado ejemplo de ello. Pero nosotros saquemos fruto del ejemplo que aquí nos da nuestro Maestro, y aprendamos de él á hacer bien á los que solo procuran hacernos mal.

PUNTO II.

CUATRO PALABRAS DE JESUCRISTO ENDEREZADAS Á SAN PEDRO.

Primero. *Primera palabra.* “Entonces Jesús le dijo: vuelve tu espada á su lugar, porque todos aquellos que pondrán mano á la espada, con espada perecerán.” Es esta una de aquellas sentencias que están bastante verificadas, sucediendo frecuentemente lo que expresan. Ninguna cosa hay mas común que el ver que los que se sirven de la espada perecen con la espada. El Salvador enseña aquí una manera de defensa solo digna de él, de sus discípulos y de su Iglesia. La espada es una arma equívoca, esto es, puede servir á la injusticia y á la justicia: á la injusticia de un injusto agresor, y á la inocencia de un inocente asaltado. Muchas veces aun por este camino, el culpado triunfa del inocente, porque la empuja con mayor furor y con menos precaución, y muchas veces aun con ma-

por destreza y experiencia. Jesús para nuestra defensa nos permite otra especie de armas de que nuestros enemigos no pueden servirse contra nosotros, y estas son la dulzura, la paciencia, la caridad, el silencio y la oración. A estas armas promete la victoria y la corona. Por medio de ellas solas la Iglesia se ha mantenido y debe mantenerse hasta el fin de los siglos. La victoria que ella ha conseguido con solo el uso de estas armas, forma su gloria única, la distingue de toda otra sociedad, y es una prueba auténtica de su divinidad. ¿Y somos nosotros discípulos de este divino Maestro ó hijos de esta santa Iglesia si para nuestra defensa particular empleamos otras armas diversas de las suyas, y pretendemos rebatir la espada con la espada? Otros nos hacen daño y nosotros queremos hacerlo; hablan mal de nosotros y nosotros hablamos mal de ellos; se nos hace una injuria y respondemos con otra; nos han ofendido con un mote ó con un dicho, y nosotros procuramos ofender con otro, y así de lo demás. ¿Y venceremos nosotros por este camino? No, nosotros nos acarreamos infinitos disgustos, y cuando venciésemos, nuestra victoria sería para nosotros vergonzosa y mereceríamos castigo. Si queremos vencer segura y gloriosamente, volvamos nuestra espada á la vaina, esto es, contengamos la lengua, reprimamos nuestros desreglados deseos, sofiquemos aquellos resentimientos, y si nuestra espada ha hecho ya enalquerra herida, resanémola con nuestra sumisión, con nuestros buenos oficios, reparando prontamente el daño que háyamos hecho y la ofensa que háyamos cometido. A la violencia, el desprecio, á los insultos opongamos solamente la paciencia, y entonces la victoria nos es tan segura como la recompensa.

Segundo. *Segunda palabra.* "Piensas tí por ventura, que no puedo rogar á mi Padre, y me pondrá delante ahora mas de doce legiones de ángeles:..." El Señor opone las legiones á la cohorte que había venido para arrestarlo; doce legiones á los doce apóstoles que el había elegido, y finalmente, los ángeles á los hombres. Ninguna cosa nos hace conocer mejor cuan voluntaria fuese la obediencia del Salvador, que considerar la extensión de su poder. Por sí solo ha podido con una sola palabra y por un acto solo de su voluntad, aterrar todos sus enemigos, hacerlos inmóviles, y habría podido del mismo modo quitarles la vida. Uno solo de sus discípulos armado de una espada, habría podido bajo su protección deshacer una armada entera sin que alguno hubiese podido resistir. Si hubiese querido una venganza mas estrepitosa, millones de ángeles habrían tenido á grande honor el combatir por él y defender su rey. Pero no, su caridad por nosotros cierra el camino á todos los socorros que habría podido obtener de su Padre y de sí mismo, de los ángeles y de los hombres, del cielo y de la tierra. Vendrá el tiempo en

que el universo se armará en su favor; pero ahora no se sirve de su poder, y si nos lo advierte, lo hace para que sepamos que por sí mismo se entrega en manos de sus enemigos, no ya por debilidad, sino por nuestro amor, que no ya por debilidad sufre él que sean oprimidos sus siervos, que se persiga su Iglesia, sino que en todo esto ejecuta los desiguos de su providencia, de su sabiduría y de su misericordia para con nosotros. No tengamos, pues, temor alguno de un Señor tan poderoso; abandonémosnos á su conducta y pongamos nuestra gloria en caminar sobre sus pasos.

Tercero. *Tercera palabra.* "¿Cómo pues se cumplirán las escrituras de que así debe suceder?...". Segun las escrituras es necesario que Cristo padezca y muera. Es Jesucristo mismo, el que por su espíritu ha dictado á los profetas lo que debía hacer y padecer sobre la tierra cuando hubiese comparecido en ella. El Verbo de Dios no ha mudado desiguo después que se hizo hombre, y ejecuta en su humanidad el plan que ha trazado en las escrituras. Este plan, anunciado tantos siglos antes por medio de tantas bocas diferentes, y exactamente cumplido en la persona de Jesucristo, no deja algun efugio á la incredulidad, disipa todas las nubes, nos muestra al verdadero Mesias, al Hijo de Dios con una evidencia que conviene ser necio para resistirse aun. La parte de las profecías que mira á la pasión del Mesias, es la mas circunstanciada, y por consiguiente, la mas propia para hacerlo reconocer: por eso han insistido sobre ella, mayormente el Salvador, sus apóstoles y sus evangelistas, para hacernos observar con qué exactitud se ha cumplido en Jesucristo. Es aquella que los falsos cristianos y sus partidarios han procurado menos aplicarse á cumplir ó contrahacer; pero es la que los santos del antiguo Testamento han representado en sus personas de diferentes maneras siendo figuras del Mesias.² Y es aquella que los santos del nuevo Testamento deben sobre todo hacerse gloria de cumplir, para hacerse semejantes á su cabeza divina, ser incorporados y poder triunfar con ella, porque las mismas escrituras que anuncian los dolores y sufrimientos de la cabeza y del Maestro, anuncian tambien los de los miembros, y de los discípulos. Con que si la naturaleza ó ciertos amicos poco espirituales, quieren apartarnos del padecer y sufrir, respondámonos con nuestro Maestro: *¿Cómo, pues, se cumplirán las escrituras?* ¡Ay de aquellos que no las cumplen con padecer en este mundo con Jesucristo, porque cumplirán lo que está escrito de los pecadores, padeciendo en el otro con los demonios! Pero, dirán algunos, ¿por qué tanta penitencia, tanto trabajo, tanto padecer y tanta paciencia? Porque se deben

1 Sapient., c. V, v. 21.

2 Como Abel, Isaac, Josef, Job, David, Jeremías, etc.

cumplir las escrituras, á tenor de las cuales debe ser así.

Cuarto. *Carula palabra.* "¿No beberé yo el cáliz que me ha dado el Padre?...". Palabra digna del respeto, de la obediencia y del amor del Hijo de Dios á su Padre!... Adaptémosla á nosotros mismos y apliquémosla á todas las dificultades chicas ó grandes que encontramos en la práctica de la virtud.... Aquellas obligaciones graves de nuestro estado, aquellos placeres de que debemos privarnos, aquella enfermedad, aquella pérdida, aqual desprecio, aquella afrenta, aquella persecucion; he aquí el cáliz que debemos beber, tomando ánimo de dos motivos: el primero porque es Dios nuestro Padre el que nos lo presenta. No consideramos las criaturas, las cuales en sus manos no son otra cosa que instrumentos de que él se sirve. El segundo, porque nuestro Salvador lo ha bebido primero, y después de él todos sus apóstoles y todos sus santos.... ¡Ah! ¿qué comparación hay entre nuestro cáliz y el suyo? ¿seremos nosotros tan cobardes, tan enemigos de nosotros mismos que rehusemos beberlo? ¿ignoramos que después de haber bebido este cáliz, estaremos eternamente bebiendo en un torrente de delicias en el cielo? ¿preferiremos beber en el cáliz envenenado de los pecadores? ¿pero ignoramos que después de sus breves y vergonzosos placeres beberán ellos hasta las heces el cáliz de la cólera de Dios en una eternidad de suplicios? No será ya entonces un Dios Padre que presentará un cáliz de salud, sino un Dios enemigo y vengador del pecado, cuya justicia se llamará sin misericordia.³

PETICION Y COLOQUIO.

No, ¡oh Señor! no escucharé ya mas los falsos amigos que me inspiren el moderar las penas anexas á mi estado. Este es el cáliz que vos me presentais; no me lo dejaré quitar de la mano, lo beberé hasta la hez. Todo lo sufriré de mis hermanos sin resistir y sin lamentarme; esto es lo que vos me enoñendais y me enseñais con vuestro ejemplo. Son, es verdad, los hombres los que me hacen padecer y sufrir, diré yo entonces; pero sois vos, ¡oh Dios mio! que como un padre lleno de bondad me castigais ó me probais por su ministerio. Amen.



1 Psalm. XXXV, v. 9.

2 Psalm. LXXIV, v. 6.

3 Ozeas, c. I, v. 6.

MEDITACION CCCX.

JESUS SE ENTREGA EN MANOS DE SUS ENEMIGOS.

S. Luc., c. XXII, v. 32, 53.
—S. Mat., c. XXVI, v. 55,
61.—S. Marc., c. XIV, v. 48,
51.

Primero. Discurso de Jesucristo á las turbas. Segundo. Huida de los apóstoles. Tercero. De un jóven que se halla en el huerto de las Olivas.

PUNTO I.

DISCURSO DE JESUCRISTO Á LAS TURBAS.

Primero. *Jesús las reprendió en órden al hecho presente.* "Dijo, pues, Jesús á los principes de los sacerdotes, y á los magistrados del templo, y á los ancianos que se habían movido contra él.... Como á ladrón habeis salido con espadas y con palos á prenderme...." Los malos tratamientos que nosotros experimentamos nos son muchas veces menos dolorosos que la manera con que se nos hacen cuando esta manera manifiesta el mal concepto que se tiene de nosotros y sirve para que otros lo formen; y he aquí el motivo mas ordinario de nuestras quejas.... Todos nos oyen decir cada dia: ¿quién soy yo, pues? ¿por qué me prenden? Me tratan como si yo fuese.... ¡Ah! si fueses un verdadero discípulo de Jesucristo, no te quejarías así, antes te alegrarías de verte tratado como tu Maestro. El Salvador ha hecho expresamente mencion de esta circunstancia, sobre que acaso nosotros no habríamos hecho reflexion, para que nos sirva de consuelo en semejantes ocasiones. Sus enemigos no se contentan con arrestarlo, lo hacen con un aparato el mas indecoroso y humillante. Se diría que se trataba de un hombre que se hacia temer y que era peligroso; de un ladrón, de un asesino, de un enemigo de la religion y del Estado, cuando era la misma dulzura, que jamás había hecho resistencia alguna, que había hecho siempre bien á todo el mundo, que siempre había cedido á la tempestad, que se contentaba con huir cuando estaba amenazado, y que estaba acompañado solamente de algunos discípulos, y prohibía tambien á los que lo siguiesen emplear el medio de hecho y volver injusticia por injusticia, injuria por injuria. ¿Qué dulzura en Jesucristo! ¿qué malicia en sus enemigos! ¿qué ejemplos, qué intruccion para nosotros!

Segundo. *Jesús les trae á la memoria lo pasado.* "Todos los dias estaba entre vosotros sentando en el templo para enseñar y no me habeis

prendido....” Cada vez que Jesús iba á Jerusalén se iba á enseñar al templo. En el curso de esta semana y después que volvió de Efraim, compareció en él todos los días. Podían acordarse con qué aclamaciones fué recibido en el día primero, con qué frecuencia había continuado á enseñar los otros días, y cómo el martes, esto es, dos días antes le habían ellos mismos por sí y también por medio de sus emisarios hecho varias preguntas; cómo había respondido á las cavilaciones maliciosas que le habían propuesto, y cómo bajo el velo de varias parábolas les había anunciado el delito que se disponía á cometer y el castigo que bien pronto les vendría. Podían también traer á la memoria cuántas veces habían querido arrestarlo, y que otras tantas aunque señores del templo y teniendo en él tropa de guardia, habían visto frustrados sus designios y desvanecidos sus proyectos. Habría bien debido una tal memoria hacerles entrar en sí mismos, ó por lo menos servir para su conversión después de su resurrección. Pero si todo esto es para ellos inútil, ¡ah! no lo sea para nosotros. Reconozcamos que Jesucristo ha obrado siempre de Señor absoluto y en calidad de Hijo de Dios, que ha impedido las trazas y el furor de sus enemigos, y que se ha entregado en sus manos cuando ha querido y cuando lo requería la obediencia que debía á su Padre y el amor que tenía para nosotros.

Tercero. *Jesús deja en su libertad lo vendido con tres palabras dignas de observación*, bien capaces de mover el corazón de sus enemigos, pero que antes bien sirvieron para poner el colmo á su obstinación y dureza. Primera. “*Pero esta es vuestra hora....*” La hora que ya por mucho tiempo era el objeto de vuestros deseos, hora funesta para vosotros y al fin concedida por un justo juicio de Dios á vuestra ceguera y á vuestra malicia. Segunda. “*Y la potestad de las tinieblas....*” Satanás ha obtenido sobre mí la potestad que deseaba, el infierno está para desencadenarse, y vosotros seréis sus diputados, sus ministros y sus cómplices. Tercera. “*Y todo esto ha sucedido para que se cumpliesen las escrituras de los profetas....*” Cuanto ha sucedido hasta ahora y cuanto sucederá hasta mi muerte y después de mi muerte, no es otra cosa que un exacto cumplimiento de cuanto han escrito los profetas.... Después de estas palabras de dignidad, de majestad, de divinidad, Jesús derribó, por decirlo así, el muro invisible que contenía como inmortales sus enemigos. Sintieron que ya nada los detenía y se dispusieron con una rabia y una ceguera incomprendible á consumar el atentado horrible que habían venido á ejecutar y del que no habían podido apartarlos todos los prodigios de fuerza, de dulzura y de caridad de que habían sido testigos: “*Pero esta es vuestra hora.*” ¡Desventurado momento es aquel que Dios en su cólera nos conce-

de para pecar!.... “*Y la potestad de las tinieblas....*” ¡Funesto poder es aquel que nosotros ejercitamos para ofender á Dios, para oprimir al inocente y seguir los designios del infierno! ¡horribles tinieblas son las que cubren los delitos de los malos, que por un instante cubren su rubor y les quitan la vista del precipicio en que se arrojan y á que se seguirán las tinieblas exteriores y los suplicios del infierno!.... *Y todo esto ha sucedido para que se cumpliesen las escrituras....*” ¡Desventurado de aquel que cumple las escrituras solo con lo que pertenece á los pecadores, á sus excesos, á su dureza, á su impetencia final y á los suplicios que les están reservados! ¡Ah! estas divinas y terribles palabras del Salvador, me penetren de espanto, me aparten del pecado, me hagan volver atrás de la orilla del precipicio, si estoy ya en él.

PUNTO II.

HUIDA DE LOS APÓSTOLES.

“Entonces los discípulos, dejándolo se huyeron....”

Primero. *Consideremos esta huida como un efecto de su infidelidad.* Jesús no pedía de ellos que combatesen por él; se lo había prohibido; no pedía que lo siguiesen, que se dejasen llevar á la cárcel, poner en cadenas para ser llevados á los suplicios y á la muerte; al contrario, había mandado á las turbas que los dejasen ir. ¿Qué cosa, pues, debían hacer los apóstoles? Debían retirarse sobre la palabra de su Maestro, bien seguros que no les sucedería algún mal, y que el tercer día, según su promesa, lo verían resucitado. Pero no habían ellos querido jamás creer ni comprender lo que les había dicho del misterio de su muerte y de su resurrección. Así, lo abandonaron porque ya no tuvieron en él sino una fe incierta y vacilante, y porque en vez de poner su confianza en la verdad de su palabra y en el socorro de su omnipotencia, la pusieron en sí mismos y en la precipitación de su huida. Solo ha un momento que protestaban que le serían fieles hasta la muerte, solo ha un momento que estaban dispuestos á combatir por él; ¿cómo, pues, todos han mudado resolución, han mudado ideas en un momento? A la verdad, no son ellos que se han mudado. Estarían prontos á combatir y á morir por él con las armas en la mano. Si huyen, es porque la tentación en que se hallan empeñados, es muy diferente de la que se habían imaginado. Se trataba de ver á su Maestro en cadenas, en los suplicios, espirar sobre una cruz; y no obstante esto, creer en él como en el Hijo de Dios y de esperar en él como en el reparador y restaurador del reino de Israel, y en el Salvador de todos los hombres; y esto es lo

que jamás habían querido entender y á lo que de ningún modo estaban dispuestos. Guardémosnos de caer en la culpa de los apóstoles, engañándonos en la naturaleza de las tentaciones a que estamos dispuestos. Si se tratase solamente de tomar las armas por la religión, ninguna cosa hay mas natural para el hombre ni mas fácil; los paganos, los mahometanos, los herejes lo han hecho; pero no es esto lo que Jesucristo pide, antes lo prohíbe; pero ser humildes, sumisos, obedientes, dulces, pacientes, castos, piadosos, justos, modestos, reogidos, unidos á Dios, he aquí lo que debemos hacer, á lo que nos debemos preparar y donde nos llevarán las tentaciones que debemos vencer.

Segundo. *Consideremos esta huida como un efecto de la Providencia.* Dios con su sabiduría sabe sacar bien del mal, y su providencia hace que todo sirva á la ejecución de sus designios. Esta huida ó este abandono fué para Jesucristo una pena que quiso sufrir para darnos el ejemplo y merecernos la gracia de soportar semejantes pruebas. Esta huida fué predicha por los profetas y por Jesucristo mismo; con que ella servía para el cumplimiento de los divinos oráculos. Esta huida hizo en adelante conocer á los mismos apóstoles su propia debilidad, y nos advierte la nuestra. Esta huida nos hace conocer la virtud del Espíritu Santo, que pudo en un momento cambiar estos hombres, y de pusilánimes que eran, hacerlos valerosos ó intrépidos. Esta huida, tan sinceramente confesada y tan candidamente escrita, es una prueba de la verdad de la historia evangélica. No podemos sospechar mentira en hombres que publican tan francamente su flaqueza, su pusilanimidad y su vergüenza. Finalmente, esta huida confirma el testimonio que los apóstoles han dado de Jesucristo, y da á sus palabras una fuerza á que ninguno puede resistir. Adoremos á Dios en la profundidad de sus caminos y démosle gracias por haber multiplicado de este modo las pruebas de la verdad que él nos ha hecho anunciar.

Tercero. *Consideremos esta huida como un efecto del poder de Jesús.* Ninguna cosa era mas fácil á esta multitud unida y armada, que asegurarse al mismo tiempo con Jesús de los once discípulos que le habían quedado, y ninguna cosa era tan importante á la Sinagoga como arrestar todo de un golpe al Maestro y á los discípulos y cortar á un mismo tiempo toda una doctrina que le era tan odiosa y de que tenía tanto que temer. Pero no es cosa que se ha dejado en poder de los hombres el destruir la Iglesia de Jesucristo. Aquella palabra de Jesucristo: “*Dejad que estos se vayan,*” es eterna é inmutable. Es él el que en las mas crueles persecuciones hace la elección de los que quiere coronar y la de los que quiere dejar para continuar su obra; ninguna potencia de la tierra ó del infierno puede romper este órden absoluto: “*Dejad que estos se*

vayan....” Pensemos solamente en ser fieles, sin inquietud sobre el éxito que está en las manos de aquel á quien el Padre ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra; bien presto veremos estos fugitivos y tímidos apóstoles presentarse con confianza y venir á ser los fundamentos de la Iglesia y las columnas inmortales de la verdad. ¿Qué cosa puede haber ni mas grande ni mas divina!

PUNTO III.

DE UN JÓVEN QUE SE HALLA EN EL HUERTO DE LAS OLIVAS.

Primero. *Su imprudencia.* “Y un cierto jovenito seguía á Jesús, cubierto con una sábana sobre la carne desnuda....” ¿Quién era este jovenito y cómo se halla en lugar tan peligroso? Era sin duda uno de los habitantes de aquella heredad de Getsemani, que se despertó al ruido y lo condujo su curiosidad. ¡Funesta curiosidad! Queremos verlo, queremos verlo todo, todo lo queremos leer y saber. ¿Cuánta juventud ha sido víctima de su indiscreta curiosidad y ha perdido por ello el reposo, los bienes, la inocencia y la vida!

Segundo. *Su prision.* “Y lo pillaron....” La prision de este joven da bien á entender que la libertad que tuvieron los apóstoles de huirse de allí, no se puede atribuir al descuido ó inadvertencia ó preocupación de los judíos, sino solo á la protección de Jesucristo, que ni tampoco permitió que este joven fuese comprendido en su desgracia, no queriendo que alguno padeciese por su causa.

Tercero. *Su huida.* “Pero él dejando la sábana, escapó de ella desnudo....” No es maravilla lo que este joven hizo para salvar su libertad y su vida. ¿Y por qué no hacen todos otro tanto para salvar su inocencia y conservar la vida de su alma? Si alguna vez sin saberlo nos hallamos empeñados en algún mal paso, si nos hallamos en cualquier ocasión ó en cualquier tentación peligrosa, huyamos sin perder tiempo, dejemos si es necesario la capa como Josef. Expongámonos á perderlo todo antes que la vida de la gracia. Con tal que escapemos de las manos de nuestros enemigos, ¿qué importa el cómo escapamos? ¿qué importe que nuestra fortuna, que nuestra reputación padezca, que nosotros vengamos á ser materia de motes y objeto de desprecios? Dios sabrá muy bien recompensarnos. Todo lo demás es nada en comparación de una vida eterna.

PETICION Y COLOQUIO.

¿Y por qué, ¡oh Salvador mio! no era yo en vez de aquel jóven? Yo mismo me hubiera entregado en las manos de los enemigos para acompañaros hasta el Calvario y morir allí por vos y con vos. Pero ¡ay de mí! ¿qué es lo que yo digo? ¿por qué me lisonjeo así yo, que por un vano honor, por un respeto humano, por el mas pequeño interés he abandonado muchas veces vuestra causa? ¡Ah! no permitais ya jamás, ¡oh Jesús! una cobardía semejante en mí. Vuestro amor, que por mí os entrega en manos de vuestros enemigos, regule todos los movimientos de mi corazón y le enseñe á sufrir con alegría todo lo que tendré que sufrir por vuestro amor. Amen.

MEDITACION CCCXII.

DE LAS ATADURAS DE JESUS.

San Juan, c. XVIII, v. 12.

Primero, cómo Jesús ha sufrido ser atado; segundo, qué ventajas nos han traído las ataduras de Jesús; tercero, en qué cosa deshonramos las ataduras de Jesús.

PUNTO I.

CÓMO JESÚS HA SUFRIDO SER ATADO.

Primero. *Jesús en ser atado sufrió gran dolor.* "La cohorte, pues, y el tribuno y los ministros de los judíos prendieron á Jesús y lo ataron..." Podemos imaginarnos con qué furia aquellos lobos rapaces se arrojaron sobre aquel inocente cordero, con qué violencia apretaron las cuerdas con que lo ataron, en cuántas maneras lo tiraron, lo empujaron, cuántas veces lo hicieron tropezar y caer, con qué inhumanidad le arrastraron en sus caídas y con qué golpes lo volvían á levantar... ¡Oh Jesús! ¡qué prelude es este de cuanto queréis sufrir por mí!...

creían débil, desarmado, vencido é incapaz ya en adelante de hacer cosa alguna ó por su defensa ó por su gloria.

Tercero. *Sufrió ser atado con el mayor amor.* ¡Ah! ¡sin las ataduras de su amor qué fuerza habrían tenido las ataduras de sus enemigos! Las habría roto con mayor facilidad que Sanson las suyas; pero su amor lo ha dado en manos de sus enemigos y lo tienen esclavo... ¡Oh amor, y qué poderoso sois, pues sabeis reducir á la esclavitud la omnipotencia! Reducidme, pues, también á mí; domadme, sujetadme y tenedme esclavo de tal manera, que en mí nada os resista y nada me separe de Jesucristo hecho esclavo por mí.

PUNTO II.

QUÉ VENTAJAS NOS HAN PROCURADO LAS ATADURAS DE JESUCRISTO.

Primero. *Han encadenado al demonio y á nosotros nos han puesto en libertad.* Llevándolas por nosotros Jesús, expiando el mal uso que hemos hecho de nuestra libertad, ha roto la cadena de nuestras iniquidades y el yugo vergonzoso bajo el cual nos tenía esclavos el demonio; lo ha encadenado á él mismo, y tiene á la cadena este león, furioso que ya no puedo tragar si no es aquellos que tienen la temeridad de acercarsele.

Segundo. *Hacen la consolación de los esclavos y la gloria de los mártires.* Los que están destinados en las prisiones de la humana justicia, sean culpados ó inocentes, hallan en las ataduras de Jesucristo con qué santificar las propias, con qué consolarse y con qué fortificarse. Pero aquellos que los tiranos en odio de la fe han hecho arrestar y cargar de cadenas, ¿qué fuerza no han hallado y qué consuelo no han sacado de las ataduras de Jesucristo? ¿cómo se han alegrado de tener parte en ellas? Se han gloriado de sus cadenas y las han preferido con razon á los cetros y á las coronas de la tierra.

Tercero. *Nos unen á Dios y á su servicio.* Las ataduras de Jesucristo nos han obtenido la gracia de conocer y amar la gloria que hay en servir á Dios, en estar unido á él con una fide-

consentir en pasar toda su vida en una total y comun dependencia.

PUNTO III.

EN QUÉ COSA DESHONRAMOS NOSOTROS LAS ATADURAS DE JESUCRISTO.

Primero. *Rehusando obedecer á la ley de Dios y cumplir las obligaciones del cristianismo y de nuestro estado.* Entonces volvamos nosotros á poner en práctica el funesto uso de una mala libertad á que ya habíamos renunciado. En vez de permanecer unidos á Dios y atados con Jesucristo, volvamos á entrar en las cadenas del demonio para sufrir los males de la mas vergonzosa esclavitud.

Segundo. *Rehusando sufrir de la parte de los hombres.* Comprendamos bien una vez que los daños, las injurias y los malos tratamientos que nos hacen los hombres, son ocasiones que nos presenta Jesucristo de participar de sus ataduras; pero murmurar, lamentarse, impacientarse, procurar vengarse, esto es desechar las ataduras de Jesucristo, tener vergüenza de ellas y por consiguiente deshonrarlas. ¿Y acaso las que él nos presenta son mas dolorosas y mas injustas que las que él ha sufrido por nosotros? ¡Ah! si pensásemos en esto, tendríamos vergüenza de nosotros mismos y de nuestra pusilanimidad.

Tercero. *Omitiendo el caminar á la perfección á que Dios nos llama.* Faltar á la propia vocación, no adoptar el espíritu de nuestro estado y no cumplir sus obligaciones, es rehusar las ataduras de Jesucristo y preferir el estrépito y el tumulto de la esclavitud del mundo á la santa y pacífica libertad que se halla en el servicio de Dios. Desecha también las ataduras de Jesucristo el que no quiere tener esclavo su espíritu, la imaginación y sus sentimientos, para vivir en el recogimiento en la atención á la oración y perseverar en su fervor... Desecha estas dulces ataduras que nos unirán á Jesucristo el que sigue la disipación y la tibieza; pero la sequedad, la dureza del corazón, la indevocción, la agitación misma y los remordimientos que experimenta

es vuestro amor para conmigo el que os ata. ¡Ah! ¡haced que yo no lleve ya otras cadenas que las de vuestro amor. Amen.

MEDITACION CCCXII.

PRIMER CONSEJO DE LOS JUDIOS QUE SE TUVO LA NOCHE EN QUE JESUS COMPARECE Y ES JUZGADO DIGNO DE MUERTE

San Juan, c. XVIII, v. 12, 14, 19, 34.—San Mat., c. XXVI, v. 57, 63.—San Már., c. XIV, v. 52, 61.—San Lúc., c. XXII, v. 54.

Primero, el pontífice pregunta á Jesús; segundo, Jesús recibe una bofetada; tercero, se traen testigos.

PUNTO I.

EL PONTÍFICE PREGUNTA Á JESÚS.

Primero. *Carácter de los jueces.* "La cohorte, pues, y el tribuno, y los ministros de los judíos, prendieron á Jesús... y lo llevaron primeramente á Anás, porque era suegro de Caifás, que era pontífice en aquel año. Caifás, pues, era el que había dado por consejo á los judíos que convenía que un hombre muriera por el pueblo... Lo condujeron después á Caifás, príncipe de los sacerdotes, donde se habían juntado... todos los sacerdotes, y los escribas, y los ancianos..." Anás, uno de los dos pontífices, suegro de aquel que en aquel año ejercitaba el pontificado, era uno de aquellos afortunados del siglo, cuya prudencia estima el mundo á proporción de las riquezas que han adquirido y de la dignidad á que han llegado. A este fue primeramente conducido Jesús, tanto por hacerle honor, cuanto por darle el agradable espectáculo de ver á Jesús entre cadenas... Fue también conducido á él primero, para advertirle que ya...

pasado aun quince días que con la ocasión de la resurrección de Lázaro había condenado á Jesús á muerte por pura razón de política, sin otro motivo que el de la multitud de sus milagros.¹ A casa de este pontífice fué conducido Jesús para ser juzgado. Anás se lo había enviado, y bien presto se fué también allá él mismo. Los otros jueces eran sacerdotes, escribas, los ancianos del pueblo, la mayor parte fariseos y muchos saduceos. Estos últimos no creían en la otra vida. Todos estos jueces eran enemigos de Jesucristo que él había confundido mil veces en la disputa, y descubierto su corrupción, sus rapiñas y su hipocresía. Ya estaban todos juntos en casa de Caifás. La mayor parte había ya prevenido el juicio con el pontífice, condenando como él á Jesús á muerte, y los otros no estaban menos dispuestos á hacer en todo la voluntad de Caifás. He aquí el consejo ímpio y sanguinario, delante del que quiso comparecer en forma de reo el Mesías, el Hijo de Dios, el Juez eterno de vivos y de muertos. Lo quiso para expiar la injusticia de nuestros propios juicios y para enseñarnos á sufrir la injusticia de los que contra nosotros se pronuncian.

Segundo. *Pregunta del pontífice.* Ahora el pontífice (esto es, Caifás, pues san Juan dice que Caifás era el pontífice de aquel año) preguntó á Jesús acerca de sus discípulos y acerca de su doctrina. "He aquí una pregunta muy mal fundada y bien irregular. ¿Hay cosa más absurda que hacer arrestar un hombre sin que contra él se haya presentado alguna queja? ¿Puede darse cosa más inaudita que comenzar por preguntar á él mismo sobre lo que á él mira, sin presentarle algun capítulo de acusación? Finalmente, pregunta hecha ya muy tarde. Ya había mas de tres años que Jesucristo tenía discípulos y que instruíra públicamente en el templo y en todo lugar, ellos mismos ya por mas de tres años lo habían oído y le habían propuesto los principales puntos de la ley para explicarlos en presencia del pueblo; habían frecuentemente admirado su doctrina, y ninguno jamás se había lamentado, ni menos aquellos que ahora lo juzgan.

Tercero. *Respuesta de Jesucristo.* Querían pronunciar un juicio contra Jesucristo, y ni siquiera tenían aun pretextos para condenarlo: los buscaban, pero Jesucristo no se los quería suministrar, pues era necesario que su inocencia y la iniquidad de ellos fuesen manifestados á todos los siglos venideros. "Jesús le respondió: yo he hablado á la gente en público, yo he enseñado siempre en la Sinagoga y en el templo, donde concurren todos los judíos, y no he hablado palabra en secreto. ¿Por qué me preguntas á mí? Preguntá á aquellos que han oído lo que yo les hablé; estos saben las cosas que yo he di-

¹ San Juan, c. XI, v. 49, 54.

cho. . . ." La sabiduría en las cadenas de ningún modo es esclava. Nosotros encontramos aquí en Jesús aquella misma dulzura y aquella misma fuerza de discurso que en las Sinagogas y en el templo han arrebatado tan frecuentemente la admiración de los pueblos, han hecho enmudecer aquellos mismos que ahora se hacen sus jueces, y que aunque jueces, nada tienen aun que responderle. . . . Os adoro, Sabiduría eterna, que sabeis aun en vuestras humillaciones cerrar la boca á la injusticia, manifestar vuestra inocencia y consolar á todos los que están oprimidos y perseguidos de un odio injusto.

PUNTO II.

JESÚS RECIBE UNA BOFETADA.

Primero. *Indignidad de este tratamiento.* "Apenas hubo dicho esto, uno de los ministros que estaban allí presentes dió una bofetada á Jesús diciendo: ¿asi respondes al pontífice? . . ." ¿Una bofetada! . . . ¿Y por qué luego al punto no se seó aquella temeraria mano? ¿Cómo pues en el mismo instante no consumió á este miserable un rayo? ¿Cómo en el mismo momento no se arruinó la sala, el palacio de Caifás, y aun toda la ciudad entera de Jerusalem? . . . ¡Oh Majestad adorable! ¿por qué sufrís vos un tratamiento tan indigno? ¡Ah! vos lo sufrís, ¡oh Jesús! para expiar mi orgullo, para enseñarme la humildad, para cerrar el camino á mis quejas, á mis lamentos, y lo hubiérais sufrido en silencio si esta afrenta no hubiera ido acompañada de una reprobación á que vuestra sabiduría requería que respondieseis.

Segundo. *Respuesta de Jesús al que le dió la bofetada.* "Respondióle Jesús: si he hablado mal, da testimonio del mal; mas si bien, ¿por qué me hieres? . . ." Jesús debía dar esta respuesta; primero, para su justificación. La sospecha de que él hubiese hablado imprudentemente ó inconsideradamente y sin atención, no debía quedar en el espíritu de sus jueces ni en la historia de pasión. Segundo. *Para nuestra instrucción.* Nos enseña que no debemos jamas darnos trasportar contra los que están constituidos en dignidad, que podemos justificar nuestra conducta sin temor y sin baja, pero que no debemos jamás faltar al respeto debido á las potestades, y que cuando seamos acusados con cualquier apariencia de fundamento de faltarles al respeto ó á la sumisión debida, es obligación nuestra rebatir la injuria con dulzura para que no quede impresa en nuestro nombre una mancha que recaería sobre la causa que sostenemos. Tercero. *Para confusión de sus enemigos.* Era necesario que en todo el curso de la pasión de nuestro Salvador comparciesen tan manifesta-

mente su inocencia, su paciencia y su sabiduría, como la injusticia, el empeño y la violencia de los que lo condenaban.

Tercero. *Silencio de los jueces.* ¿No era una injusticia manifiesta en el presidente y en los jueces de esta asamblea permitir que alguno tuviese el atrevimiento de maltratar en su presencia, sin razon y sin autoridad, al que estaba citado á su tribunal? . . . Jesús pide que él manifieste en qué ha hablado mal. ¿Hay cosa más justa y racional? Pero el silencio que se guarda y la impunidad que se le conceden, prueban igualmente que el consejo aprueba la violencia y la injusticia que de ella resulta. Adoremos en todo esto la conducta admirable del Salvador, y tengamos por regla de la nuestra su paciencia y su sabiduría.

PUNTO III.

SE LLAMAN TESTIGOS.

Primero. *De la inquietud de los jueces por tener falsos testigos.* "Y los príncipes de los sacerdotes, y todo el consejo buscaban algun testimonio contra Jesús para hacerlo morir, y no lo hallaban, habiéndose presentado muchos falsos testigos. . . . porque muchos deponían lo falso contra él, mas sus deposiciones no se concordaban entre sí. . . ." Si los pontífices y el consejo hubiesen querido solamente hacer morir á Jesucristo, lo habrían hecho sin formalidades, como después hicieron morir á San Estévan; no habrían tenido necesidad de testigos, ó hubieran sido convenientísimos para su intento los que se presentaban. Pero el ódio y el deseo de hacerlo para siempre infame, les hizo emprender el hacerlo morir por sentencia pública y por medio del suplicio de cruz. Ahora no había otro que Pilato que debiese en Jerusalem pronunciar una tal sentencia. . . . Se trataba, pues, de entregar á Jesús para que le condenase á muerte; pero entregándolo eran necesarias las acusaciones y testimonios suficientes para obtener del magistrado romano la sentencia de muerte que se deseaba, y estas acusaciones y estos testimonios no se hallan ahora, porque fuera de que estos testimonios no se concordaban entre sí y se destruían los unos á los otros, segun la apariencia, miraban solamente á las observancias de la ley y á algunos puntos de doctrina que no habrían hecho mucha impresión en el espíritu del gobernador. . . . He aquí lo que desaperece á estos jueces de finiquidad; omitiendo imprudentemente el buscar la verdad, estaban solamente inerte el buscar la mentira misma no encontraban con qué sorprender la equidad natural de un magistrado pagano. . . . ¿Qué hombres! Con todo, eran la flor de la nación, lo que ella

tenía de mas grande y lo que presentaba de mas respetable.

Segundo. *Del testimonio que depusieron dos falsos testigos.* "Pero al fin vinieron dos falsos testigos. . . . y alzándose atestigaban lo falso contra él, diciendo: nosotros lo hemos oído decir. . . . Puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días. . . . Yo destruiré este templo fabricado con las manos, y en tres días fabricaré otro no hecho con las manos. . . ." Estos dos testigos eran falsos en cuanto que mudaban las palabras del Salvador, el cual no había dicho, ni *puedo destruir*, ni *destruiré*, sino *destruído*, que puede también interpretarse, *nosotros destruímos*. Erán tambien falsos, pero acaso sin saberlo, en cuanto que aplicaban al templo material lo que Jesús decía del templo de su cuerpo. Estos dos á lo menos concavian entre sí, pues segun el Evangelista, los dos decían una misma cosa. "Pero todavía su testimonio no era suficiente. . . ." De hecho, hubiera sido una audacia insufrible representar á Pilato como un delito digno de muerte esta palabra, aun cuando la hubiese dicho el Salvador en los términos que deponían los testigos y que ellos le daban. Poco le importaba á Pilato los intereses del templo; por otra parte, una palabra que no había tenido algun efecto, y á que no se había seguido tentativa alguna, era de ninguna consecuencia; y finalmente, el que prometía destruir el templo y reedificarlo, no mostraba ser un ímpio ni un enemigo del templo; por esto los jueces de esta asamblea no hicieron uso alguno de esta deposición delante de Pilato, no pudiendo con ella agravar al acusado; pero la hicieron valer para con el pueblo hasta echarla en cara á Jesucristo cuando estaba sobre la cruz. ¡Oh qué enormidad, qué malignidad se encuentra en todo esto! Pero admírennos aquí las disposiciones de la Providencia y cómo esta predicción del Salvador hecha en la primera Pascua de su predicación dos años antes, se le oprime ahora en la última por los mismos que la ejecutan. Admírennos cómo esta predicción sirve ella misma á su ejecución y viene á ser el motivo y el medio para ella. ¡Oh profundidad admirable de los caminos de Dios! ¡Oh y cuán limitadas son las miras de los hombres! Los malvados con su malicia misma concurren á los designios de Dios. Los judíos cumplen la predicción de Jesucristo, de que ellos le forman un delito, y la cumplen en aquello mismo que le hacen el delito.

Tercero. *Del silencio de Jesucristo.* "Y alzándose en medio el sumo sacerdote (Caifás), preguntó á Jesús diciendo: ¿no respondes tí nada á las cosas que te oponen estos? Pero él callaba y nada respondió. . . ." No respondió palabra á los falsos testimonios, no respondió palabra al mismo sumo sacerdote. Jesús observa un silencio profundo, universal y constante. . . . ¡Oh sabiduría eterna! Vos, que poco tiempo

ha hablásteis con tanta dulzura y fuerza, ¿por qué ahora calláis cuando contra vos se levantan falsos testimonios cuando el sumo sacerdote, olvidado de la formalidad y circunspección propias de su estado, se levanta de su puesto, se adelanta como un furioso y viene á preguntaros él mismo sobre las razones de vuestro silencio? Pero en esto y en todo lo restante, vos cumplís las profecías que os compara al cordero mudo delante de aquel que lo trasquila, y vuestra sabiduría no menos resplandece en vuestro silencio que en vuestras palabras. De hecho, ¿y por qué habeis de hablar vos cuando vuestros acusadores se contradicen ellos mismos y hacen deposiciones falsas y frívolas, cuando vuestros jueces ni siquiera piensan en esconder su audacia, su furor, su injusticia? ¡Ay de mí! ¿cuán poco os imito! ¿No son estas por ventura las ocasiones en que me creo yo con derecho de alzar la voz y de dar mis quejas á toda la tierra? ¿Por qué os habeis de justificar vos cuando estais hecho cargo de expiar vuestras falsas justificaciones y los verdaderos delitos de que no os acusa la justicia de Dios vuestro Padre?.... ¡Entiendo muy mal mis intereses cuando no imito vuestro silencio! Sufriendo sin justificarme las falsas acusaciones de los hombres expiaría por vuestros méritos las enormes y verdaderas que contra mí deponen mis muchos pecados.... ¿Por qué os habeis de lamentar vos de la injusticia que se os hace, cuando sabeis bien la justicia que os hará Dios vuestro Padre y la gloria con que coronará vuestro silencio, constituyéndoos juez de todos los hombres? ¡Ah! poco me importarían los juicios de los hombres si pensase que sus injusticias sufridas en el silencio serían para mí en vuestro juicio un manantial de felicidad y de gloria.

PETICION Y COLOQUIO.

Concededme, ¡oh Salvador mio! el imitar vuestro ejemplo. Lejos de mí aquella máxima tan contraria á vuestro espíritu; esto es, que conviene necesariamente lavar las injurias con la venganza. ¡Oh y cuán noble es vuestro silencio, cuán elocuente! Tantos oráculos salidos de vuestra sagrada boca, tantos milagros obrados cuando mandásteis á los vientos, al mar, á los demonios, á las enfermedades y á la muerte, no han probado tan sensiblemente vuestra divinidad como lo hace ahora vuestra heroica paciencia; haecidme, ¡oh Jesús! imitador fiel de ella. Amen.

1 Isai., cap. LIII, v. 37.

MEDITACION CCCXIII.

CONTINUACION Y FIN DEL PRIMER CONSEJO DE LOS JUDIOS, TENIDO EN AQUELLA NOCHE EN QUE JESUS COMPARECE Y ES JUZGADO REO DE MUERTE.

S. Mat., c. XXVI, v. 63,
66.—S. Marc., c. XIV,
v. 61, 64.

SEGUNDO EXAMEN.

Consideremos primero el precepto que el sumo sacerdote impuso á Jesús; segundo, la respuesta; tercero las razones de esta respuesta; cuarto, los efectos que tuvo esta misma respuesta.

PUNTO I.

PRECEPTO DEL SUMO SACERDOTE.

“Y el príncipe de los sacerdotes.... de nuevo lo preguntó, y le dijo.... te conjuro por Dios vivo que nos digas si tñ eres el Cristo, el hijo de Dios.... bendito....”

Primero. *Precepto ilusorio.* Ya habia mucho tiempo que Jesucristo se decía el Mesías y el Hijo de Dios y que por medio de sus obras probaba serlo.... Si la pregunta hubiese sido sincera, debería habersele hecho á Jesús con respeto y no teniéndolo cargado de cadenas.

Segundo. *Precepto lleno de hipocresía.* El hipócrita afecta el lenguaje de la religion y de la piedad, y se burla de la una y de la otra. Emplea el nombre adorable de Dios solo para cubrir su malicia y perder mas seguramente al Justo, que ha venido á ser el objeto de su odio.

Tercero. *Precepto lleno de malicia.* No habiendo podido sacar de los falsos testigos materia alguna de acusacion contra él, procuran los maliciosos sacarla de su propia boca: es una red que le ponen; pero cuando creeran que lo han cogido en ella, se hallarán cogidos ellos mismos, pues la confesion que Jesucristo va á hacer y que será en sus manos el motivo de su muerte, será para todos los siglos venideros la prueba de su divinidad, los convencerá del deicidio, y los cubrirá de un oprobio sempiterno.

PUNTO II.

RESPUESTA DE JESUCRISTO.

“Jesús le dice: tú lo has dicho: Yo soy, y veis al Hijo del hombre sentado á la diestra de

la majestad de Dios, y venir sobre las nubes del cielo....”

Primero. *Respuesta piadosa y generosa.* Así se debe responder cuando se trata de la fe. El que no habla claramente cuando es preguntado sobre la fe, le hace traicion. Sabia muy bien Jesús el uso que se haria de su respuesta y que su muerte sería el precio; pero la fe se debe confesar á riesgo de la propia vida.

Segundo. *Respuesta llena y abundante.* Jesús muestra en su persona el Cristo todo entero como si les dijese: vosotros no conocéis el Cristo sino por medio de la gloria en que los profetas han dicho que vendría, y vosotros no queréis reconocerlo en las obras de bondad y de misericordia que él ejercita, bien que sean milagrosas. Menos aun queréis reconocerlo en las humillaciones y en los sufrimientos que de él se han profetizado. Ahora pues: yo soy el Cristo á quien convienen estas dos suertes de profecías. Estos dos caracteres del Mesías parecen opuestos solamente á los que no distinguen los tiempos. Vosotros habeis visto mis milagros; vosotros veis y estais para acabar de cumplir mis humillaciones. Vosotros preguntais dónde está la gloria de mi reino, y porque no la veis no queréis creer en mí; pero no obstante que yo esté entre cadenas y vosotros en la incredulidad, os declaro que después de no haberme querido reconocer y después de haberme ultrajado y entregado á la muerte, vosotros me vereis en el esplendor de mi gloria, y de una gloria divina, celestial y que nada tendrá de la terrena, que sola hace el objeto de vuestra estima y de vuestra admiracion.

Tercero. *Respuesta simple y modesta.* Jesús lo dijo todo en pocas palabras, pero sin sacar alguna consecuencia, sin hacer aplicaciones sin reprensiones ni amenazas. Porque habria podido decir: ahora me juzgais vosotros porque yo quiero; pero yo os juzgaré á mi tiempo por mas que vosotros no querais: vosotros me condenais por mas que me hallais del todo inocente, y yo os condenaré después de haber manifestado á todo el mundo todos los delitos de que estais culpados: vosotros me condenais á una muerte pasajera de que sabré yo muy bien salirme, y yo os condenaré á una muerte eterna, de la que ninguno podrá libraros. ¿Qué nobleza, que dignidad en estas breves y simples palabras de que el Salvador se sirve para declarar tan grandes cosas!

PUNTO III.

RAZONES DE LA RESPUESTA DE JESUCRISTO.

Tres podemos considerar nosotros. La primera tomada de parte de Dios y del respeto debido á su santo nombre. Los judíos aborrecian la luz; solamente la buscaban para apagarla, y por eso

no merecian que se les presentase; pero la interposicion del santo nombre de Dios, bien que hecha por un impío y que de ella abusa para ejecutar su delito y hacer morir al Hijo único de aquel que él finge querer honrar, es una razon que hace romper á este Hijo adorable su sabio y largo silencio. El solo conoce como conviene el Dios vivo por el cual es conjurado; él solo puede darle dignos homenajes y las justas bendiciones y alabanzas que le son debidas, y de él solo recibe el Dios vivo bendiciones de todas las criaturas.... Os adoro, ¡oh gran Dios! os alabo, os bendigo, os doy infinitas gracias, y os presento mis votos y mis súplicas por medio de nuestro Señor Jesucristo vuestro Hijo, que vive y reina con vos por todos los siglos de los siglos.

La segunda tomada de parte de Jesús y de la gloria que hay en confesar su nombre. Confesar el nombre de Jesús y dar la propia vida en testimonio de esta verdad, es la cosa mas grande que puede haber en este mundo, y Jesucristo mismo no ha querido privarse de esta gloria. Ha querido ser la cabeza de los mártires, darles el ejemplo, inspirarnos á nosotros todo el deseo de participar de una tan grande felicidad, y ponernos en disposicion, si acaso se presentase la ocasion, de sufrir y morir por su causa.

La tercera de parte nuestra y del amor que Jesucristo nos tiene. Si la respuesta de Jesucristo debia servir de pretexto á los judíos para hacerlo morir, debia tambien ser un manantial de vida para muchos cristianos. Con que aun por mí, ¡oh Jesús! habeis dado una respuesta tan preciosa sobre vuestra divinidad, y una declaracion tan formal de la majestad y de la potencia con que vendreis á juzgar el universo. Creo, ¡oh Salvador mio! todo lo que ahora habeis declarado; adoro vuestras humillaciones y espero el día de vuestra gloria; ¡ah! no me pongais en aquel día terrible en el número de vuestros enemigos, sino venid á mí como á un vuestro fiel que os ha amado y que está resuelto á amaros siempre.

PUNTO IV.

EFECTOS DE LA RESPUESTA DE JESUCRISTO.

Primero. *El primero fué la indignacion del pontífice.* La manifestó rasgando sus vestidos. “Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras....” Esta accion era indecente en un sumo pontífice y en medio de una asamblea semejante; ella indicaba una pasion perversa y un exceso de furor, era sediciosa y se enderezaba solo á inspirar al consejo el furor mismo que á él lo arrebatava; era una accion hipócrita, porque bajo de esta señal de una religiosa indignacion, escondia el gozo que experimentaba por haber hallado en la respuesta de Jesucristo un

pretexto para hacerlo morir; era una acción misteriosa y profética, porque contenía un misterio que él mismo no conocía, como el sentido de la profecía que había pronunciado pocos días antes para la salvación del universo. Rasga tus hábitos, indigno pontífice; no se pasará este día sin que se rasgue el velo del templo, en señal lo uno y lo otro de que el sacerdocio de Aaron y los sacrificios de la ley de Moisés son abolidos para dar lugar al sacerdocio real y eterno del verdadero Melchisedech! y á la hostia sin mancha que esais para inmolarse, y que en adelante será ofrecida á Dios, no en un solo templo, sino en todos los lugares de la tierra hasta el fin de los siglos.²

Segundo. *El segundo fué la decisión del pontífice.* "Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras diciendo: ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos..." Decisión absurda cuanto á la primera parte que mira á Jesús. La cuestión es el saber si Jesús es el Mesías; se le pregunta si él es, responde que sí; ¿dónde está pues aquí la blasfemia? ¿debe acaso el verdadero Mesías negar el serlo? Saber si Jesús lo es después que él lo ha declarado, es, si no se le quiere dar fe, una cuestión que queda que examinar; pero esto es lo que no se hace, y ella queda decidida á los ojos de su misma equidad. La decisión del pontífice cuanto á la segunda parte, es convincente para él mismo, porque si después de aquellos que habían hablado, después de aquellos cuyo testimonio era tan aplaudido y acreditado y á que pretendían que el Salvador respondiese. He aquí cómo todos los tribunales que han condenado á Jesucristo han dado testimonio de su inocencia. Así lo habéis ordenado, ¡oh Señor! mucho menos por vuestra gloria que por nuestra consolación. Jesús ha prouorado á la Iglesia su esposa la misma gloria, porque los herejes y los novatores que mas han blasfemado contra ella, todos han comenzado por reconocer su autoridad y la de su cabeza, por tenerle respeto y por someterse á sus decisiones.

Tercero. *El tercero fué la unanimidad de los votos para la muerte.* "He aquí habéis oído ahora la blasfemia... ¿Qué os parece? Y ellos respondieron: Es reo de muerte..." Ninguna cosa era mas irregular que pedir de esta manera los votos públicamente y en general y sobre un objeto de que no se trataba. Todo el mundo sabe muy bien que un blasfemo, segun la ley, merece la muerte. Era necesario preguntar á cada uno de los jueces su parecer sobre la respuesta del acusado. Era necesario preguntarles, sin prevenirlas, que es lo que sobre esto pensaban. Si hubiesen sido jueces justos, habrían debido re-

1 Psal. CIX, v. 4.
2 Malach., cap. I, v. 11.

clamar sobre una manera de proceder tan indigna. Pero ya había mucho tiempo que los que tenían alguna rectitud, como Nicodemo y algunas otras, no asistían jamás al concilio, y los que iban eran todos adictos al pontífice y corrompidos como él.

PETICION Y COLOQUIO.

He aquí, ¡oh Salvador mio! que finalmente estais juzgado reo de muerte por el consejo de vuestra nación y renunciado ya de vuestro propio pueblo. Lo habian predicho los profetas y parecia incomprendible; pero he aquí que se ha cumplido. ¡Oh Jesús! ¿cuáles fueron vuestros sentimientos cuando oísteis esta unanimidad de votos que os condenaban á muerte! Vos la aceptásteis con júbilo, guardásteis silencio y es ofrecísteis á vuestro eterno Padre por amor nuestro. ¡Oh y cuál debe ser mi reconocimiento para con vos! Yo sí que era digno de muerte; pero mi muerte no era digna de ser ofrecida á vuestro Padre y de calmar su justa cólera. Aplicadme, ¡oh Jesús! los méritos de vuestra pasión y de vuestra muerte. Amen.

MEDITACION CCCXIV.

JESUS ES ULTRAJADO EN CASA DE GAIFAS.

San Mat., cap. XXVI, v. 67,
68.—San Márcos., cap. XIV,
v. 65.—San Ldo., cap. XXII,
v. 63, 65.

Primero, lo escupen en la cara; segundo, lo hieren y dan de bofetadas; tercero, le vendan los ojos; cuarto, se burlan del nombre de Cristo; quinto, manera de mostrar á Jesucristo nuestro reconocimiento por los ultrajes á que se ha expuesto por nosotros.

PUNTO I.

LE ESCUPEN EN LA CARA.

"Entonces lo escupieron en la cara..." Cuando el consejo hubo juzgado que Jesús merecía la muerte, los jueces se retiraron para tomar alguna hora de reposo, y quedó establecido el volver á la asamblea al despuntar el día. Entonces fué Jesús abandonado á la discreción de sus guardias, de los soldados y de los criados, y se entregó él mismo á los ultrajes que quisieron hacerle... El primero fué de escupirle en la cara. Este es el mas indigno tratamiento que se puede hacer á un hombre y la señal mayor de desprecio que pueda darse. Se puede hallar alguno

que trate á otro con semejante indignidad; pero no se ha visto jamás un reo, sea el que se fuese, un malhechor el mas detestable, cercado de personas ocupadas en escupirle á la cara y hacer un juego de semejante insulto. Solo al Rey de la gloria estaba reservado este ultraje. Lo habia anunciado el profeta Isaías,¹ y Jesucristo mismo habia notado esta circunstancia cuando predijo su pasión.² ¿Quién jamás puede imaginarse, no solo cuál desprecio, sino también cuál horror y cuál suplicio contenga semejante tratamiento? Ninguno ha tenido valor para explicarlo, y solo el pensamiento de lo que debió suceder revuelve el estómago. Pero lo que no se puede comprender es que Dios haya querido humillar á su Hijo y que el Hijo haya querido él mismo ser humillado hasta un exceso que irrita, no solo la delicadeza, sino también la naturaleza y casi diré también que la razón misma. ¿Queremos nosotros conocer la causa? Jesús se ha encargado de satisfacer por nosotros á la justicia divina, y este exceso de humillación no se ha juzgado excesivamente grande para expiar nuestro orgullo que nos ha hecho ofender á Dios, quebrantar su ley, razonar de Dios, juzgarlo y condenar sus caminos. Ceniza y polvo que somos, si Jesús no se hubiese ofrecido á padecer por nosotros estas extrañas humillaciones, nuestro orgullo como el de los demonios hubiera sido castigado con una universal confusión y con un eterno oprobio. Comprendamos el precio de estas humillaciones, el reconocimiento que debemos tener para con el que por nosotros las sufre, y cuánto debemos desear tener parte con él, para expiar mediante sus méritos el pecado enorme de nuestro orgullo.

PUNTO II.

LO HIEREN Y LE DAN DE BOFETADAS.

"Y los que tenían atado á Jesús lo despreciaban... y le daban de golpes... y le daban con los puños, y otros le daban bofetadas..." Nosotros quedamos, y con razón, sorprendidos de la primera bofetada que recibió Jesús en plena audiencia; ¿qué diremos, pues, en este instante viéndolo entre las manos de aquellos hombres viles y despreciables que tienen por un juego bárbaro y por un divertimento cruel el maltratarlo, el empujarlo cargándolo de golpes y de bofetadas? Le dan golpes por todas partes, por todos lados, sobre el cuerpo, sobre la cabeza y en el rostro... Cada uno se gloria de los golpes y de las bofetadas que le da. Los unos le dan con los puños, otros con los pies, todos lo oprimen

1 Isai., cap. I, v. 6.
2 San Márcos., cap. X, v. 34.—San Ldo., e. XXVIII,
v. 31, 32.

men de injurias, es empujado de una parte, re-empujado de otra, y los crueles ministros están jugando bárbaramente con él; se oyen horribles silbidos, lo burlan, lo ultrajan, lo tratan finalmente como jamás se ha tratado al hombre mas despreciable y al mas reo; ni á esta insolente soldadesca la contienen un punto los oficiales ni los criados de sus señores, no; todo va de acuerdo, todo conspira contra Jesús... Su paciencia irrita las bestias feroces que lo atormentan, su dulzura los exaspera mas, su silencio excita su rabia, redoblan los golpes, renuevan los ultrajes, y no cesará este inhumano espectáculo sino con la noche... ¿Señor, habéis por ventura puesto totalmente en olvido vuestra gloria? ¿qué estado os veo yo? ¿qué es lo que queréis que se piense de vos? ¿qué pensarán las generaciones venideras cuando sopan en qué manera habéis sido tratado, sin que hayáis abierto la boca para justificaros ó para lamentaros? ¡Oh Majestad suprema es necesario decir que al sumo pura, celestial y divina vuestra gloria para no ser aniquilada, para no ser ofuscada con tantos ultrajes, para salir antes bien mas resplandeciente, mas adorable, mas amable... Si, el universo lo ha sabido, ha sabido á qué humillaciones os habéis reducido, y nosotros sabemos que os habéis reducido á ellas por vuestra elección, por nuestro amor, para expiar nuestro orgullo, nuestras quejas, nuestros injustos lamentos, para fortificar nuestra debilidad, para hacernos invencibles y capaces de soportar todas las cosas por amor amor vuestro, y finalmente, para hacernos partícipes de aquella gloria inmortal con que vuestro Padre os corona y vos dividís con vuestros fieles siervos á proporcion que ellos han tenido mayor parte en vuestras humillaciones y las han soportado con una paciencia, con un silencio y con una interna humildad mas conforme á la vuestra.

PUNTO III.

LE VENDAN LOS OJOS.

"Y lo vendaron los ojos..." Los ultrajes que aquí se hacen al Salvador son todos igualmente horribles é inauditos. Esto se ve claramente expreso en Isaías,¹ en aquel paso en que el profeta nos pinta al Salvador cual nosotros lo vemos aquí, ajado de golpes y tratado como el último de los hombres. Véndanse los ojos á un reo en ciertas circunstancias por principio de humanidad y por ocultarse la vista del suplicio; pero vendárselos por mofa, por burla, por insulto, por hacer de él objeto de risadas, para herirlo, golpearlo y maltratarlo mas á su gusto y

1 Isai., cap. LIII, v. 3.

con mas desacato, este exceso estaba reservado para el Santo de los santos, para aquel que habia venido á expiar los ultrajes que nosotros hacemos á la Majestad divina.... Esta venda con que los judíos cubren los ojos del Salvador y del Juez soberano de los hombres es la imagen de la impiedad de los idólatras, los cuales, en vez de un Dios vivo y que ve, se han fabricado dioses que tienen ojos y no ven; es la imagen de la impiedad de los ateístas y deístas, que no quieren un Dios, ó que eren un Dios ciego, ó un Dios que viendo, sea para ellos como si no viese; es la imagen de la impiedad de los herejes que se suponen que la Iglesia no ve, no distingue los objetos que enseña el error y condena la verdad; esta venda es tambien la imagen de la ceguedad del pecador, que voluntariamente se olvida de que Dios lo ve y que obra como si Dios no lo viese, como si tuviese vendados los ojos, para ofenderlo con mayor audacia y mas impunemente; finalmente, es la imagen de la necesidad de una alma dispada que voluntariamente se aparta de la presencia de Dios y de la atencion que le debe para abandonarse á pensamientos vanos é inútiles, para dejar correr su corazon detrás de los placeres frívolos ó de movimientos, si no pecaminosos, á lo menos peligrosos y que alejan de Dios. Pero, ¡oh insensatos! nosotros no quitamos á Dios el ser esencial, la infinidad, la vivacidad que alumbrá todos nuestros pasos y penetra todos los escondrijos de nuestro corazon. ¡Ah! la venda no la ponemos en los ojos de Dios, sino sobre los nuestros; nos cegamos, no endurecemos nosotros mismos, y de aqui procede aquella obstinacion incomprensible que hace que se vean pocos pecadores, pocas almas tibias, pocos herejes, pocos libertinos, pocos judíos convertirse, no obstante la luz que se les presenta y los motivos con que se les solicita. ¡Oh divino Jesús! yo os suplico con todas las veras de mi corazon, por aquella infinita paciencia con que habeis sufrido á los que os ponian aquella venda infame y con la que me habeis sufrido á mí mismo, os suplico que os quiteis la venda que está sobre mis ojos y sobre mi corazon, puesta allí por mí mismo; descubridme vuestra cara adorable, haced que contemple vuestros ojos divinos para conocer en vuestra santa voluntad, para ver en ellos vuestro amor y para temer la implacable cólera de que se encienden contra los que abusan hasta el fin del exceso de vuestra bondad.

PUNTO IV.

HACEN BURLA DEL NOMBRE DE CRISTO.

Luego que hubieron cubierto el rostro de Jesús y vendándole los ojos, se redoblaron los ultrajes aun con mas fuerza, con mayor furia y con ma-

yor insolencia: se sucedian los unos á los otros para darle diferentes golpes, y cada uno de ellos le decia al retirarse.... "Profetiza.... Cristo, adivinanos ¿quién es el que te ha herido?...." Otros, segun el profeta,¹ le arrancaban la barba y los cabellos, teniendo los mismos discursos.... San Lucas nos hace saber tambien que los evangelistas guiados del Espíritu Santo no hin escribiendo menudamente todo lo que se dijo y se hizo en todo el tiempo que duró una escena tan horrible cuando añadió: "y decian otras muchas cosas blasfemando contra él...." Es fácil suplirlas en la meditacion. Lo que los evangelistas nos han dicho basta para conocer hasta qué exceso de insolencia y de ultraje llegaron contra Jesús y hasta qué exceso de paciencia lo sufrió todo Jesús sin la mas minima resistencia ó lamento. Pero no nos olvidemos de que nosotros mismos somos los autores de estos ultrajes, pues Jesucristo ha padecido todas estas indignidades para expiar todas nuestras iniquidades, y librarnos de la confusion eterna que les era debida.... Vos lo sabeis, ¡oh Señor! vos sabeis quién es el que os ha herido, quién es el que os da los golpes; vos conocéis toda la malicia de su accion, toda la ingratitud de su corazon y toda la perversidad de su alma. ¡Ay de mí! soy yo mismo, todas las veces que he pecado, todas las veces que me he retirado de vuestra divina presencia para ofenderos mas libremente, con mas frecuencia y de mas modos. Vos, Señor, podiais haber excusado estos ultrajes extrinándome; yo lo merecia, pero vos no habeis querido. Habeis querido antes bien sufrirlo todo y beber el cáliz hasta la hez para reconciliarme con vuestro Padre y salvarme. ¿Qué amor! ¿Y cómo os mostraré yo mi reconocimiento?

PUNTO V.

MODOS DE MOSTRAR Á JESUCRISTO NUESTRO RECONOCIMIENTO POR LOS ULTRAJES Á QUE SE HA EXPUESTO POR NOSOTROS.

Primero. *Con nuestro respeto.* En cualquier parte que nosotros veamos escrito el nombre de Jesucristo, ó lo oigamos pronunciar, ó lo pronunciemos nosotros mismos, acostumbámonos á adorarlo profundamente, no solo porque este santo nombre es grande y adorable, sino tambien en memoria de los ultrajes que los judíos hicieron á nuestro divino Maestro en oprobio de este santo nombre. Practiquémoslo así á vista de las imágenes del Salvador y de su santa cruz, y sobre todo cuando estemos delante del Santísimo Sacramento, esforzándonos con nuestro ultraje

1 Isaías, c. L, v. 6.

respeto y con la profunda humillacion de nuestra alma á reparar los ultrajes que ha recibido, de que nosotros hemos sido la causa, que hemos acaso renovado con nuestras irreverencias á este augusto misterio, y que tantos malos cristianos no cesan de renovar cada dia.

Segundo. *Con nuestro amor,* pensando con qué exceso nos ha amado Jesucristo cuando ha querido sujetarse á tantos ultrajes por solo librarnos con ellos. Porque supongamos que el soberano nos hiciese buscar para hacernos sufrir semejantes ultrajes bien merecidos de nosotros, y que uno de nuestros criados se hubiese presentado por nosotros, haciendo creer á los que nos buscaban ser él y que efectivamente hubiese padecido lo que nosotros merecíamos, y que en su consecuencia, el soberano satisfecho, bien que sabedor del artificio, no hubiese concedido la gracia y vuelto su amistad; ¿cuáles serian nuestros sentimientos en orden á este criado? ¿Lo amaríamos? ¿seria necesario decirnos que lo amáramos? ¿y si no fuese uno de nuestros criados, sino de uno de nuestros amigos? ¿y si no fuese un príncipe á quien nosotros hubiésemos dado mil motivos de disgusto, á quien hubiésemos mostrado continuamente desprecio á su persona, ingratitud á sus beneficios, resistencia á sus mandatos, á su voluntad y á sus órdenes las mas preciosas? ¿Pero qué son todos estos pensamientos supuestos en comparacion de nuestro Señor Jesucristo, nuestro Maestro, nuestro Dios, Hijo único de Dios, el que por medio de tan profundas humillaciones sufridas únicamente por nosotros, nos ha reconciliado con Dios su Padre, de quien habiamos merecido la justa, la terrible y la eterna venganza? ¡Ah! ¿qué llamas de amor no excitaria en nuestro corazon una tal consideracion si la hiciésemos con la debida atencion!

Tercero. *Con nuestra imitacion.* El Señor está bien lejos de ponernos á las pruebas á que ha puesto á su Hijo; si en ellas nos pudiese, mostraríamos muy bien nuestra cobardía en no sostenerlas con su ejemplo; pues á lo menos en las pequeñas pruebas en que nos pone no perdamos la ocasion de mostrarle nuestro reconocimiento, sufriendo con alegría, para tener alguna semejanza con él. Si acaso el nombre de cristiano ó de católico, si nuestro apego á Jesucristo, á la fe y á las obligaciones de la piedad y de nuestro estado nos fuesen ocasion de algunos motes, de algunos desprecios, de alguna palabra ofensiva é injuriosa, guardémosnos de resentirnos por eso y de abandonar la practica del bien. Acordémosnos de la paciencia de nuestro Maestro, imitémosla y alcgrémonos de tener aquella ocasion de imitarlo. ¡Ah! ¡qué gracias y consolaciones interinas nos merecian tales sentimientos! Practiquémoslos así en todos los lances en que tendramos que sufrir alguna cosa por parte del prójimo. Pongamos fin á todas las quejas, á todos los sentimientos de venganza, á todos los resent-

mientos del corazon y á todas las repugnancias de la naturaleza. Comparemos lo que nosotros tendremos que sufrir con lo que Jesucristo sufrió por nosotros, y nos avergonzaremos de encontrar aun en nosotros un residuo de oposicion y de resistencia.

PETICION Y COLOQUIO.

Concededme, ¡oh Señor! la dicha y la felicidad de participar de vuestros oprobios y de mirarlos como un tesoro mas estimable que todas las riquezas del mundo. Amen.

MEDITACION CCCXV.

CAIDA DE SAN PEDRO.

San Ldo., cap. XXII, v. 54, 60.—San Mat., cap. XXVI, v. 58, 59, 74.
—San Juan, cap. XVIII, v. 15, 18, 25, 27. San Márc., cap. XIV, v. 54, 66, 72.

Primero, caída preparada por la presuncion; segundo, caída efectuada segun la predicción.

PUNTO I.

CAIDA PREPARADA POR LA PRESUNCION.

La presuncion produce en nosotros quatro defectos que anuncian una caída próxima é infalible; estos defectos son los siguientes:

Primero. *La negligencia en tomar los medios necesarios para vencer la tentacion;* estos medios son la vigilancia y la oracion. Jesús habia advertido á sus apóstoles, y principalmente á Pedro, de la necesidad de estos dos medios y habia juntado á ellos su ejemplo, habia él mismo interrumpido dos veces su oracion para ir á advertir á Pedro que orase con él. Pero tenia tanta necesidad de esto, cuanto se habia mostrado mas presuntuoso, porque habia llevado tan adelante la presuncion, que se prefirió á todos los otros que no creyó cosa alguna de las que Jesucristo le dijo ni puso atencion alguna á sus divinas palabras. He aquí la primera causa de nuestras caídas, omitir la oracion y la meditacion. ¿Y qué es lo que nos la hace omitir? Nuestra presuncion, que nos ciega y nos hace creer que podemos sostenernos sin este socorro. Cuando se huieron los apóstoles se dividieron; los unos se fueron por una parte y los otros por otra, los unos se refugiaron en la ciudad y los otros